

“Donde habite el olvido” (Poesía de Luis Cernuda)

Ana María Del Gesso Cabrera*

*“¿Quién mira el mundo? ¿Quién lo mira
con mirada desinteresada? Acaso el poeta, y nadie más”*

Luis Cernuda

El año pasado, el 21 de septiembre, se cumplió un centenario del natalicio de Luis Cernuda, uno de los más grandes poetas españoles del siglo xx, injustamente olvidado o dejado en un rincón sombrío en algunos espacios académicos.

Dos líneas dominantes sostienen su obra: el exilio político y la homosexualidad –otra cara, al fin, de un exilio tan doloroso como el otro.

Nacido en Sevilla integra, junto a otros poetas de la talla de Federico García Lorca, la llamada generación del 27, identificada también como generación de la Dictadura, por su beligerancia al gobierno despótico del General Primo de Rivera que asoló a España entre 1923 y 1929.

La guerra civil pone fin a las tendencias surrealistas y se produce la dispersión de casi todos los intelectuales y artistas, desmoronándose así la unidad de tendencias que hasta ese momento había permeado la mayoría de las manifestaciones artísticas.

El tercer aniversario de la muerte de Góngora, en 1927, da pie a una serie de festejos que incluyen la presentación de trabajos relativos al poeta cordobés y su obra. Estas actividades encerraban el sentimiento de encuentro entre lo nuevo y la poesía compleja, hermética y elaborada del homenajeado, a la vez que representante de la pureza poética tan en auge en aquellos tiempos. Allí están presentes Dámaso Alonso, Gerardo Diego, el ya nombrado García Lorca, Rafael Alberti, Jorge Guillén, José Bergamín, Manuel Altolaguirre y el mismo Cernuda.

Viaja a Toulouse porque ya “estaba harto de mi ciudad nativa”, allí permanece dos años y regresa a Madrid. Al enfrentarse a su patria nuevamente, sólo puede opinar acerca de ella. “España me parecía como un país decrepito y en descomposición: todo en él me mortificaba e irritaba.”

En su estancia madrileña –ya afiliado al partido comunista en donde dura poco- colabora en varias revistas con trabajos en poesía y en prosa de clara tendencia política, cosa rara en la producción cernudiana.

En este momento conviven, en España, la ebullición política y la literaria que se encontraba envuelta en la gran polémica entre los defensores de una estética purista, según los dictados de Paul Valery, y los que pugnaban por un arte comprometido con la realidad social cuyo exponente más activo era Rafael Alberti.

Años más tarde, Cernuda se impregna de toda la obra del poeta alemán Friedrich Hölderlin, a quien lee con atención y traduce con maestría. Esta influencia de lo romántico deja firmes huellas en su poética de esta época. Abandona, entonces, los ideales surrealistas, en los que había encontrado la libertad expresiva que necesitaba así como cierta liberación de sus personales opresiones. (Capote Benot, 1990:33).

Resultado de estas ideas son sus trabajos "Un río, un amor" y "Los placeres perdidos" donde la temática de lo erótico y la de los reclamos del deseo son recurrentes.

En 1936, año fatídico para su tierra, comienza la etapa del exilio sin retorno, "en ese movimiento precipitado hacia ninguna parte, exiliado hasta de su deseo" (Schärer, 1977:317). Se cruzarán en su camino París, Londres y otros lugares de Inglaterra, Estados Unidos y México donde muere, en noviembre de 1963, sólo acompañado de la desilusión y la incompreensión, amigas de toda la vida y en todos lugares.

Hombre tímido, hipersensible, gran observador, exquisito amante de la música y del cine, solitario, algo "extraño", de difícil trato, frágil y extremadamente susceptible se le dificultaba el acercamiento con los demás y esto le aparejó grandes conflictos con sus relaciones.

La obra que nos convoca hoy, "Donde habite el olvido", es una clara alusión al poeta Gustavo Adolfo Bécquer de quien toma, para título de su libro, versos de la rima LXVI y como fuente de inspiración la sensibilidad y evocación espiritual de este autor decimonónico. Está formado por catorce poemas que permiten dar rienda suelta a los sentidos irrefrenables y al goce insaciable de las posibilidades de amar y ser amado.

Voy a morir de un deseo
Si un deseo sutil vale la muerte;
A vivir sin mí mismo de un deseo,
Sin despertar, sin acordarme,
Allá en la luna perdido entre el frío (V)

Cernuda siente, desde sus Primeras Poesías de juventud, que el hombre sensible e inteligente es consciente de su soledad, tanto física como espiritual y existencial. Esa soledad vital y anímica le crea un insaciable deseo, siempre insatisfecho, de unión con lo bello, lo armónico, lo puro, lo absoluto de que el hombre ha sido desposeído, lo que equivale a decir que sufre un inagotable deseo de amor universal. La reconciliación entre ese deseo y la realidad circundante es poco menos que imposible. No se trataba de huir de ella sino enfrentarla creando o construyendo, al parecer utópicamente, un nuevo mundo en el que creía y el que intentó delinear en su obra poética.

Sin inútiles lamentos por la desolación erige el poeta su filosófico universo del deseo, primero del mundo exterior, después de un amor soñado, más tarde de la libre expresión de una manera de ser y de la hermosura, física y anímica, puramente invocada, posteriormente de la Naturaleza y de los dioses míticos, más adelante hasta de la misma muerte como afirmación de la vida, para, por último desearse a sí mismo, al todo y a la nada, y hasta al deseo mismo. El deseo del poeta no se basta a sí mismo, sino que recurre a la realidad en que se desarrolla, así como al recuerdo, al sueño y al olvido, términos estos de gran importancia en toda su poesía. Veamos:

Donde habite el olvido,
 En los vastos jardines sin aurora:
 Donde yo sólo sea
 Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
 Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

Donde mi nombre no deje
 Al cuerpo que designa en brazos de los siglos,
 Donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
 No esconda como acero
 En mi pecho su ala,
 Sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.

Allá donde termine este afán que exige un dueño a imagen suya,
 Sometiendo a otra vida su vida,
 Sin más horizonte que otros ojos frente a frente.

Donde penas y dichas no sean más que nombres,
 Cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;
 Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
 Disuelto en niebla, ausencia,
 Ausencia leve como carne de niño.

Allá, allá lejos;
 Donde habite el olvido.

En cuanto al lenguaje poético, preciso, sencillez, le permite ahondar en lo profundo de su persona y del entorno. Él mismo señala: "Igual antipatía tuve siempre al lenguaje suculento e inusitado, tratando siempre de usar, a mi intención y propósito, es decir, con oportunidad y precisión, los vocablos de empleo diario: el lenguaje hablado y el tono coloquial hacia los cuales creo que tendí siempre"

Su poesía, nada solemne ni altisonante, consigue a través de la contemplación del mundo exterior y de sí mismo, y gracias a su elegancia y serenidad poéticas, una intensidad y profundidad expresivas capaces de penetrar la intimidad de todo lector sensible que permanezca atento a su "música callada" y disfrute de alguna experiencia en la simbiosis con las secretas claves de su lírica.

Su producción está asentada sobre una filosofía poética que enaltece la belleza de la realidad vital e intimista, al mismo tiempo que reflexiona sobre ella y la critica.

La obra de este autor permitió el siguiente comentario de Octavio Paz : [su poesía]"es un camino hacia nosotros mismos. En esto radica su valor moral".

En el poema XII, nos dice:

No es el amor quien muere,
 Somos nosotros mismos.

Inocencia primera
Abolida en deseo,
Olvido de sí mismo en otro olvido,
Ramas entrelazadas,
¿Por qué vivir si desaparecéis un día?

Sólo vive quien mira
Siempre ante sí los ojos de su aurora,
Sólo vive quien besa
Aquel cuerpo de ángel que el amor levantara.

Fantasmas de la pena,
A lo lejos, los otros,
Los que ese amor perdieron,
Como un recuerdo en sueños,
Recorriendo las tumbas
Otro vacío estrechan.

Por allá van y gimen,
Muertos en pie, vidas tras de las piedras,
Golpeando impotencia,
Arañando la sombra
Con inútil ternura.

No, no es el amor quien muere.

Luis Cernuda, en sus poemas, se colma de su propia verdad, haciéndose eco, al mismo tiempo, en la medida de lo posible, del espíritu que animaba el desarrollo del tiempo en que le tocó vivir. “No extraña entonces que palpemos en su obra tan opuestas sugerencias: la pureza y la amargura, la fe y el escepticismo, la luz y la sombra, lo efímero y lo permanente, lo accidental y lo trascendente” (Jiménez, en Capote, op.cit.:50)

Para terminar esta invitación a la lectura y al deleite que provoca la creación de este escritor, cito palabras del propio poeta: “La poesía, el crearme poeta, ha sido mi fuerza y, aunque me haya equivocado en esa creencia, ya no importa, pues a mi error he debido tantos momentos gozosos”.

B I B L I O G R A F Í A

- Capote Benot, José Ma.
1990 *Antología*. México: Rei.
Cernuda, Luis.
1974 *Poesía Completa*. Barcelona: Barral Editores.
Cernuda, Luis.
1975 *Prosa Completa*. Barcelona: Barral Editores.
Schärer, Maya.
1977 *Luis Cernuda y el reflejo*. Madrid: Taurus.
Talens, Jenaro.
1995 *El espacio y las máscaras. Introducción a la lectura de Cernuda*. Barcelona: Anagrama.